

EL PORQUÉ DE LA CREACIÓN

Visakhapatnam (India) 16-1-1990

K. PARVATHI KUMAR

Lo que el Creador ha creado es la pregunta. La respuesta es: "¿por qué juega un niño?" Si podemos entender por qué un niño juega, podemos entender por qué el Creador ha creado. ¿Por qué juega un niño? No hay respuesta. Si le preguntamos a un niño: "¿por qué juegas?" Nos responderá: "¿vaya pregunta que me haces?" Cuando hacemos esta pregunta es porque nos hemos olvidado de actuar sin un motivo. Pero los niños pueden actuar sin motivo, a menos que les hayan lavado el cerebro. Ya desde niños todo lo que hacen es por puro placer. Ni tan siquiera saben que están jugando por el placer de jugar, ni tampoco tienen sentimiento de que están jugando.

Sin embargo, éste no es el caso de los mayores cuando juegan. Cuando nosotros jugamos tenemos un motivo para jugar. Entonces el sentimiento de que estamos jugando por placer está con nosotros siempre. Y si seguimos manteniendo este sentimiento, entonces el juego se nos escapa. Cuando el niño juega es muy natural con el juego. El niño inventa su propio juego y se absorbe completamente en él y es feliz jugando. No tiene el concepto de que es feliz. Simplemente es feliz.

Esta es la diferencia entre los niños y los mayores. Los mayores tenemos conceptos que nos hacen sentir; el sentimiento disminuye la experiencia; y, además, no sólo tenemos sentimientos sino que también tenemos motivos por los que hemos de ser felices. Y, buscando esta felicidad para nosotros, nos olvidamos de buscar la felicidad para otros. Todos estamos más preocupados por la propia felicidad que por la de los otros. Así es que hay

un motivo en las acciones del ser humano. Nos hemos olvidado de vivir impersonalmente. Por eso únicamente el ser humano se plantea esta pregunta. Ningún otro reino se plantea tal pregunta. Es únicamente en la mente de los seres humanos que se puede plantear una pregunta así. En todo lo que hacemos queremos saber el porqué de ello.

También tenemos libros para los niños que preguntan "¿por qué?" Hay libros con este título. En la Sociedad Teosófica hay un libro que se titula "El porqué" para los niños que se preguntan el porqué. Esto se debe al hecho de que hacemos algo sólo si sacamos beneficio de ello. Es un estado en la evolución en la que hacemos cosas sólo si nos dan beneficio. Por eso si le preguntas a cualquiera por qué hace una cosa, esa persona tendrá un porqué para explicarnos, pues hasta que no tengamos un porqué para explicar las cosas la experiencia nunca podrá ser completa.

Si no existe un porqué, la experiencia es entonces completa. El porqué nos limita en la experiencia. Si le preguntamos al árbol frutal "¿por qué das frutos?" y "¿por qué sigues dando fruta aunque te tire una piedra?", el árbol no tiene respuesta alguna. Lo mismo ocurre con una vaca. Si le preguntamos a una vaca "¿por qué das leche a todos estos seres humanos?", no tendrá un porqué. Hay una diferencia entre el ser humano y las plantas y los animales. El ser humano tiene una comprensión más vasta. Esa mayor comprensión ha de ser aplicada para entender cómo funciona la naturaleza.

También nos encontramos en otras situaciones en la vida en las cuales no tenemos un porqué. Tenemos los Maestros de Sabiduría que sirven y curan a la gente sin tener un porqué para hacerlo y nunca dicen "tengo que elevar a la humanidad". Y puesto que no tienen estos sentimientos, realmente

elevan a la humanidad de manera natural. Actúan tan naturalmente como un árbol da fruto y tan naturalmente como una vaca da leche. Sin existir un porqué. Porque es la naturaleza, está en la naturaleza el ser útil a otros.

Hay algunos que se dedican a la sociedad, no por su nombre, ni por la fama, ni por dinero o por publicidad. Y cuando les pregunto "¿por qué estáis haciendo ese servicio?" y "¿por qué no sois conocidos?" Su respuesta es: "para mí no es importante ser conocido, ni tampoco que se me haga publicidad; tampoco estoy haciendo esto por afán de poder". "Entonces, ¿por qué lo haces?" La respuesta es: "no lo sé ¡me gusta! Por eso lo hago". Por eso, una persona que actúa a nivel impersonal puede responder de esta manera. Al Maestro con el que yo viví, el Maestro EK, le preguntaban muchas veces "¿por qué distribuyes medicinas durante las 24 horas del día?", "¿por qué curas las enfermedades de la gente?" Incluso a las 12 de la noche estaba disponible. Dio charlas sobre las Escrituras Sagradas regularmente durante 30 años. Una vez un oficial de policía que estaba en relación con el Maestro le preguntó: "¿por qué das medicinas las 24 horas del día y das discursos en todo momento? ¿Qué pasaría si no los dieras?" Y el Maestro le respondió: "si yo no lo hago, la naturaleza tiene su propia manera de ocuparse de la salud de la gente; y la naturaleza tiene también su propia manera de educar a sus hijos. Si yo no lo hiciera, no se estropearía nada del sistema natural. Todo lo contrario; la naturaleza encontraría a una persona mejor para hacerlo. Y en cuanto a la primera parte de la pregunta, es decir, ¿por qué curo, enseño y doy medicinas?, no tengo una respuesta inmediata. Creo que, si busco bien dentro de mí, no tengo un porqué, porque nunca me lo pregunto a mí mismo. Creo que la única manera que tengo para responderte es diciéndote porque me gusta. Creo que todo el mundo hace lo que le gusta y yo también lo que hago lo

hago porque me gusta. No tengo ningún otro motivo. Yo nunca me formulo esta pregunta cuando estoy actuando”.

Es lo mismo que si le preguntáramos a una madre "¿por qué te ocupas de tu hijo?" La madre nunca se formula una pregunta semejante. Porque para una madre es natural hacerlo así. Y si le preguntamos "¿por qué?", no tendrá respuesta. De la misma manera, hay gente que se siente responsable de seres humanos más jóvenes, como si fueran responsables de la gente más débil, y siguen ayudando a otros de manera natural. Si les preguntamos a éstos "¿por qué lo hacéis?", responderán preguntándonos "¿por qué me preguntas por qué lo hago?" Así es que el porqué se responde con otro porqué.

En el sistema natural de la creación no hay un porqué. Existe sólo el cómo. Podemos encontrar respuesta al cómo, pero no respuestas al porqué. Y si tuviéramos una respuesta a este porqué, la experiencia sería limitada. Así pues, de la misma manera que la planta, el árbol, la madre y el hombre de responsabilidad hacen cosas sin preguntarse el porqué de ello, tampoco hay un porqué de la creación. Es como el juego del niño que es feliz jugando. Existe también el niño eterno que es feliz sólo con jugar con su propio juego. El niño eterno está jugando de la misma manera que el niño que vemos jugar. Y existe sólo el juego en su experiencia y el esplendor del juego, pero no hay un porqué. Cuando nosotros mismos jugamos tampoco tenemos un porqué. Jugamos sólo por el placer y la alegría, siempre que nos acordemos que el juego es sólo un juego. Entonces todo será felicidad.

Los problemas nos vienen cuando jugamos para ganar. Ya he dicho en otras clases que cuando jugamos para ganar creamos también la posibilidad de perder. Y el motivo de ganar, el producto de ganar, trae consigo otros

subproductos como la competición, el odio, el enfado, la ansiedad, el miedo, la envidia y otros productos secundarios, los cuales existen cuando ponemos motivos en el juego. Por eso muchos juegos se convierten en fuentes de tensión. Hay una manera de jugar con tensión si estamos perdiendo. Sólo entonces nos damos cuenta de por qué en este juego mucha gente a la mitad de su vida se preguntan por qué me he metido en una situación semejante.

Si lo analizamos bien y si buscamos dentro de nosotros, encontraremos que es debido a un motivo que se encuentra en esta situación actual. Cuando no hay un motivo para un beneficio personal; cuando no hay un motivo para ganar, nunca nos preguntaremos a mitad de camino el por qué de todo esto. Pero si hay un motivo para ganar y uno está perdiendo, queda confundido y se pregunta por qué he empezado todo este juego. Cuando empezamos el juego era únicamente por el placer de jugar. Bueno, suponeos que vamos todos a la playa y, antes de jugar a un juego, somos todos uno, un grupo. Y como tal, nos vamos al lado del mar y pensamos en jugar porque es natural. La naturaleza nos da siempre el empuje para jugar. Por eso cuando se va a la playa, instintivamente se suele jugar, porque estamos en el regazo de la naturaleza, al lado del mar, y vemos gente que se tira al agua, que salta... Y si le preguntamos a esa mujer que salta que por qué está saltando todo el tiempo, no tiene respuesta.

Habrán otras mujeres que estarán jugando con el agua y, de golpe, se les ocurrirá decir "vamos a jugar a algún juego y, para jugar, hacemos dos equipos. Un equipo serán los alemanes y el otro equipo los españoles". Y, el grupo, sin saberlo, se divide así en dos. Y empezamos a pensar que uno es diferente del otro. Así que el grupo se ha hecho dos; porque hemos querido jugar y, luego, nos hemos olvidados de que queríamos jugar y, finalmente,

los dos equipos se han empezado a mirar como enemigos. Así es que, para poder jugar, un grupo se ha dividido en dos y luego ha habido una posición momentánea de oposición. Tiziana está en un grupo y Daniela está en el otro. Antes del juego eran una [formaban parte del único grupo que había]; pero en el juego son oponentes, enemigas. Entonces se nos plantea el problema de la oposición. Eso es lo que pasa cuando el UNO que existe en todos es olvidado y sólo existe la diversidad olvidando la UNIDAD. ¿Entendemos eso?

Así que el grupo que antes estaba unido se ha dividido para poder jugar. Pero si nos acordamos de que nos hemos dividido sólo para jugar, no vemos a los oponentes, ni vemos al otro equipo como enemigo. El instinto de matar, el instinto de derrotar y el instinto de aplastar no pueden existir cuando nos acordamos de que se trata de un juego. Pero cuando nos olvidamos de que estamos jugando, estamos perdiendo. Entonces, no nos importa hacer daño al otro jugador, porque así podemos ganar el juego. Tomemos el ejemplo del fútbol o el hockey. ¿Os dais cuenta que cuando empujan con los codos y ponen el bastón en las piernas de los otros, nos da igual cuando alguno de los jugadores se cae y se hace alguna herida y sufre? Se cae en el suelo duro y sufre. El que lo ha herido se queda como si no le hubiera hecho nada. Todas estas cosas las hacemos porque queremos ganar, porque nos hemos olvidado de que se trata de un juego.

Suponeos que no nos hemos olvidado de que es un juego. Entonces, aunque Tiziana y Daniela estén en dos equipos diferentes, pueden sonreírse una a la otra. Antes de que pertenecieran a dos equipos contrarios eran una, pero esta unidad desaparece cuando se dividen para jugar. Mientras que nos acordemos que el juego es solamente un juego, hay muchas preguntas que ni siquiera nos surgen. Todo empezó con el juego, y

nunca olvidaron de que se trataba de un juego. Entonces están jugando un gran juego y, para esa persona, no existe ni tensión ni cosa alguna mientras juega; sino alegría constante. Esto es lo que en sánscrito se llama LILA o el gran juego divertido del Señor.

Así que igual que cuando jugamos no hay un porqué, de la misma manera el UNO que está jugando se convierte a sí mismo en muchos y no se pregunta el porqué de ello. Y es feliz jugando a ese juego. Él hizo al hombre a su propia imagen y semejanza porque encontró una especie de éxtasis en el juego. Quiero decir que encontró las cumbres de la alegría. Cuando estamos en la playa jugando, lo que pasa normalmente es que la alegría se extiende, y nadie se queda allí sentado perezosamente. Todos jugamos, puesto que a nosotros nos gusta jugar. Queremos que la gente que está a nuestro alrededor juegue con nosotros, porque sabemos lo bonito que es estar jugando. Y no queremos que nadie se quede allí pensando cabizbajo. Esto es lo que hizo Dios por el hombre. Lo hizo a su propia imagen y semejanza, porque quería que nosotros también disfrutáramos del juego. Así es que mientras podamos jugar de la misma manera que Él juega, esta pregunta del porqué no se nos presenta. ¿Os dais cuenta de que somos como niños cuando estamos en la playa? La presencia de la naturaleza es tan fuerte en la playa que, sin querer, empezamos a correr, a saltar y a hacer todo tipo de cosas. Es nuestro estado natural. Los otros estados, sobre todo el de jugar para ganar, son antinaturales. Pero estamos tan acostumbrados a jugar para ganar, que hasta jugar por el mero hecho de jugar se nos ha convertido en algo antinatural. Y debido a esto, en un momento u otro, nos hacemos aquella pregunta.

En el pasado también nos lo hemos preguntado muchas veces, como mucha gente a lo largo de la historia de la humanidad. Esto es porque

cuando un alma llega a un punto determinado y quiere entender por qué se ha propuesto un juego tal, el jugador se para por un instante a pensar: "¿por qué hemos empezado a jugar este juego?" Este jugador que se ha parado es mucho mejor que los otros que estamos jugando, ocupadísimos en jugar para ganar, hiriendo a la gente, empujándola y sin sentir nada. Pero mientras tanto, uno de los jugadores se para y piensa: "¿por qué hemos empezado este juego?" Y se acuerda de que es por el placer de jugar, porque queríamos jugar, porque nadie nos ha obligado. Nosotros sólo queríamos jugar. Cuando uno se da cuenta de que juega sólo por el placer de ello, esa persona piensa: "¿por qué debería hacer daño a otros cuando estoy jugando?, sobre todo si estamos jugando por el placer de jugar. ¿Hasta qué punto es legítimo querer hacer daño a otros compañeros de juego?" Y a partir de ahí empieza a jugar por placer, y además puede sonreír a su oponente. Porque ya no lo ve como oponente, sino que sólo ve a otro jugador que sólo juega por placer. Y, mediante su juego, intentará dar más placer a los otros jugadores. Y lo mismo hace el otro jugador.

Los que saben por qué están jugando juegan por el placer de jugar, esparcen el placer mediante el juego, dejan de empujar y hacer daño a los otros jugadores y se hacen jugadores naturales, no tienen tensión cuando juegan ni tampoco se enfadan. No hay ninguna otra persona sino él mismo con muchas formas. Así ve las cosas el Maestro de Sabiduría. Ve que es él mismo con muchas formas y se acuerda de su nombre original como YO SOY y que es YO SOY el que existe como todos. Nadie es tan loco como para hacerse daño a sí mismo. Así es que naturalmente no hará daño a ninguna forma, porque todas esas formas son YO SOY. Eso es lo que Krishna dice en el capítulo noveno: "Yo estoy en todos y todos están en mí, Yo existo en todos porque todos existen en mí. Todas las olas del océano están contenidas en él, y la ola no tiene una existencia separada, no es

independiente, no es diferente del océano, no hay ola si no hay océano".
¿Puede haber océano sin olas?

Existe pues la conciencia de la ola y la conciencia oceánica. Un Maestro de Sabiduría tiene la conciencia oceánica y se acuerda que no es una ola sino un océano, y de que todas las olas son parte de un océano único. Así es que el Todo incluye a cada parte y le permite tener su propio juego. De la misma manera cada ola tiene su movimiento particular y su periodicidad surge del océano y vuelve a caerse en él. Esto sucede eternamente con el mar. Pertenece al juego del océano el que las olas surjan, lleguen a la playa, se deshagan y vuelvan a surgir. Y otra vez lo mismo. Pues la conciencia individual es como la conciencia en el océano que surge de la conciencia oceánica y se sumerge en ella la existencia individual. Aparentemente la ola es real, parece que es diferente del océano, pero en verdad no es diferente. Porque ¿qué es lo que contiene la ola del océano? Contiene únicamente el océano, que cambió de estado. Momentáneamente se convierte en una ola. De la misma manera una ola se convierte en un trozo de hielo y, de nuevo, vuelve la ola a sumergirse en el océano.

Hay, pues, una manera de permanecer con la conciencia oceánica: acordándonos que todos somos el océano. Y aunque, aparentemente y de forma temporal, nos hemos convertido en olas, en verdad somos el océano. Porque la conciencia de ola es un aspecto ilusorio. La ola, mientras que es ola, adquiere ciertas cualidades y como ola sube y baja. De la misma manera, la existencia independiente tiene su subida y su bajada. Pero la conciencia oceánica no tiene ni subida ni bajada, porque esta subida y bajada del océano es el juego del océano. Igual pasa con la aparición de la conciencia individual. Es el juego de la conciencia universal, en el que

podemos jugar si por una vez nos acordamos de que somos parte del UNO y de que, como parte, somos hijos del UNO y, por tanto, somos hermanos.

Reconocer este hecho nos hará jugar para gozar, para experimentar y nunca jugar para ganar. A partir de entonces comprenderemos que Dios ha creado el universo para que podamos tener un carruaje maravilloso que se llama cuerpo físico. Para dirigir este carruaje le ha puesto cinco caballos blancos, que son los cinco sentidos. Y hay también un conductor del carruaje, que es el que funciona en nosotros dentro, como la pulsación, de manera que pueda guiar el carruaje. Nosotros podemos viajar en ese carro divino y experimentar la grandeza de la naturaleza. Y, mientras tengamos ojos para ver y oídos para oír, tendremos la capacidad de usar bien los sentidos durante nuestro viaje. Podremos ver cosas muy hermosas en la creación del Señor. Porque Él quiere que disfrutemos de la belleza de esa creación. Por eso la ha creado y ha preparado un campo de juego maravilloso. Y es tan feliz jugando en él, que se ha creado a Sí mismo como seres humanos, para que, en tanto que obligados de conciencia, podamos también jugar y disfrutar de ese juego cuando viajamos desde Europa a la India. Y al tener buenas experiencias aquí, hace que al volver a Europa les digamos a otros: “vamos a ir otra vez”. Es lo que Úrsula ha hecho.

Cuando experimentamos algo bonito queremos que otros lo hagan también. Por el instinto de amor que tenemos en nosotros, queremos que la gente que conocemos disfrute de aquello que nosotros disfrutamos. Si un hombre soltero va a Suiza, comprará un solo chocolate suizo, se lo comerá y se sentirá feliz. Pero al casarse, irá a Suiza y pedirá dos chocolates suizos, porque a través de su amor se expande en su esposa. Y más adelante pedirá dos chocolates grandes y dos pequeñitos, porque habrá dos enanitos más que van a comer chocolate. ¿Qué es lo que hace que aumentemos el

número de chocolates comprados? Es el Señor que existe en nosotros de forma natural. Si el tendero nos preguntara "¿por qué compras chocolate para tus hijos?" Le dirás: "métete la lengua donde te quepa". Porque es muy natural que lo hagamos así. De la misma manera, es muy natural para el UNO, que no es otro sino nosotros mismos, hacer todo esto únicamente con el objeto de dárnoslo para que podamos gozar de ello.

En India existe un símbolo sagrado para meditar: un carro con cinco caballos guiados por el Señor; y en él va el Alma, está el carro divino, que representa el cuerpo físico, y, para tirar del carro, están los cinco corceles blancos. Son blancos porque son también divinos. Pero no penséis nunca que somos los propietarios del cuerpo o de los sentidos. Nos han dado un regalo en forma de cuerpo y de sentidos y, si no usamos bien las bridas, éstas se nos irán de las manos. Por eso, a veces, cuando no hacemos un uso adecuado, los caballos nos dicen: "¡hasta luego!" Y entonces nos volvemos sordos. Y a lo mejor, otro caballo dirá de vez en cuando: "¡chao!" Y nos volvemos ciegos de remate. O nos volvemos ciegos durante el camino. A veces hasta la lengua puede decirnos adiós y nos quedamos que no podemos hablar. La sordera o la mudez son el resultado de no hacer buen uso de los corceles blancos. Tenemos cinco corceles maravillosos que tiran del carro; pero ¿quién lo guía? Solemos pensar que nosotros. Y por eso estropeamos el carro tan pronto. Pero hay un auriga natural dentro de nosotros. Si ese auriga se baja del carro, estamos perdidos. También nosotros nos tendremos que bajar de él. Esto es lo que pasa si la vida desaparece del cuerpo. El Alma no puede permanecer en él. Si el espíritu desaparece junto con él, el alma también se va del cuerpo. El carro pertenece, pues, al auriga; no al viajero. Cuando viajamos no podemos decir que el tren nos pertenece a nosotros.

En el caso del universo, el auriga es el Señor mismo y nosotros somos únicamente viajeros. Y ese auriga limpia el carro todos los días después de la puesta del sol y lo tiene preparado para la mañana siguiente para que lo podamos usar. Así es que el propietario del vehículo lo limpia cada noche y por la mañana nos lo ofrece de nuevo para que lo podamos disfrutar. El hombre que lleva la túnica roja es el viajero y el de la túnica azul es el conductor. Y tenemos el carro con los caballos. El carro corresponde a nuestro cuerpo físico y los caballos a nuestros cinco sentidos como almas. Somos los viajeros de este sistema universal. Y el conductor es el Señor mismo. Por eso, ese símbolo se ha dado como meditación para acordarnos que somos viajeros y que viajamos para poder sentir la belleza de la creación. Si queremos conducir el carro, nos deja también conducir; pero si se lo dejamos a él, él lo guiará por nosotros. Si cogemos las bridas de los caballos, entonces debemos saber cómo hablar con los caballos. Si no sabemos cómo hablar con ellos, los cinco caballos nos llevarán en cinco direcciones contrarias y el carro se hará pedazos.

Es lo que suele pasar con todos nosotros cuando queremos conducir nuestro propio carro y tenemos tantas molestias y enfermedades porque no sabemos cómo guiar ese carro. Por eso se nos ha dado este símbolo para meditar. Este símbolo se llama el símbolo del auriga y del viajero con el carro para viajar.

En la anatomía oculta se describe también este mismo hecho. En ella se nos habla del carro que está hecho también del mismo espíritu. Se nos habla del alma, que también está hecha de espíritu. Y habla del mismo espíritu. Estos son los tres personajes que están referidos en los Upanishads y en los Vedas. El carro puede ser destruido periódicamente, pero tanto el viajero como el conductor permanecen siempre. El carro es la

parte destructible del hombre cósmico. Y el viajero y el conductor son las partes eternas del hombre cósmico. Como almas somos eternos. Mientras la creación exista, las almas existirán eternamente. Y, para nosotros, la base de la existencia es el espíritu. Así que el espíritu es eterno, el alma es eterna y el carro, al que llamamos cuerpo, cambia de una vez para otra. El carro es cambiante, es mutable. Es igual que cuando cambiamos de coche cuando envejece: lo mandamos al cementerio de coches y nos compramos uno nuevo. De la misma manera cambiamos de cuerpo. Pero el conductor está siempre con nosotros para llevarnos a la eternidad, hacia el infinito. El espíritu es el Padre del cielo y tenemos el carro como la creación. Las escrituras sagradas nos dicen que el carro procede de la misma fuente también que el alma y el espíritu.

¿Sabéis que en este símbolo al Señor se le llama Krishna y al viajero se le llama Arjuna? Y una vez que se ha acabado el viaje, el discípulo, Arjuna, le dice al conductor, Krishna: "gracias por el viaje tan fantástico que me has preparado. Y ahora que hemos llegado al punto de destino, ya puedes levantarte e irte a descansar". Pero el conductor sonríe y le responde: "primero te bajas tú". Sin embargo, el viajero le vuelve a decir: "no, no, bájate tu primero porque eres el Maestro y primero tienes que bajarte tú, el Maestro". Y éste le vuelve a responder: "sí, por eso, porque soy el Maestro yo me quedo aquí y tú te tienes que bajar primero. No he de bajarme antes que tú. ¿No sabes lo que te puede pasar si me bajo antes que tú?" Entonces el discípulo, sin discutir más, se baja del carro sonrientemente. Seguidamente el Maestro baja también del carro y, de repente, el carro desaparece en llamas. Entonces le dice el Maestro: "¿ves que ha pasado con sólo bajarme del carro? Justo bajarse el Maestro del carro, éste se ha quemado y desaparecido. Así es que no me pidas que me baje. Antes de pedírmelo es mejor que te bajas tú. Estarás más seguro. De otro modo

tendrás problemas en la piel con las quemaduras”. Arjuna se quedó pasmado diciendo: "¡cómo ha podido pasar esto!" Y Krishna le respondió: “cada vez que me bajo de un carro pasa lo mismo”. Eso sucedió en el Mahabaratha, cuando se había acabado la gran guerra.

Esto es altamente simbólico. No pasó únicamente en el caso del carro que conducía Krishna. También pasa con nuestros carros. Si cuando dejamos el cuerpo, primero desaparece el espíritu, salimos muchos de nosotros un poco chamuscados; aparecemos luego como soldados heridos, porque no queremos bajarnos de él ni aunque sea ya la hora de bajarse. Por eso nos pasa que nos quemamos. Pero si pudiéramos comprender mejor, podríamos comprender que el Señor tiene la intención de bajarse. Entonces nos bajaríamos antes que Él, de manera que estemos siempre con Él, permitiendo que el carro pueda quemarse. Sólo así hemos de entender nuestro viaje particular.

Esto es lo que nos ha sido dado en el capítulo 15 del Bhagavad Gita. El Señor hace una descripción de tres tipos de persona. Una es llamada Purushotoma. Es la persona cósmica, el más grande de todos, que corresponde al espíritu universal. Después está Purusha, que quiere decir el alma, que es indestructible. Luego hay otro más, que se llama Sarapurusha, que quiere decir la parte destructible de la persona. Así es que el hombre es triple: el cuerpo, el alma y el espíritu. De esta manera existe el hombre triple. La parte destructible es lo que llamamos el cuerpo, los sentidos y la mente inferior. Por otro lado está la unidad de conciencia indestructible, llamada el alma, que tiene el amor y la sabiduría como su propiedad, como sus características. Y finalmente está la persona cósmica, que es como el océano de la constelación, mientras nosotros somos las gotas de ese océano. Y de la misma manera que la conciencia oceánica es eterna, las

gotas de la unidad de conciencia son también eternas. Pero sólo los carros que tomamos periódicamente, es decir, que no son eternos, son destructibles. Por eso Krishna dice: “cada vez que hay muerte afecta sólo al carruaje, pero no al alma ni al espíritu”. Así es como se explica en el Bhagavad Gita. La misma idea está explicada en el Mahabaratha con el carruaje, el auriga y los caballos.

Así que, fundamentalmente, hemos de entender que somos unos viajeros eternos y que estamos viajando para experimentar la grandeza del universo. Y no hay lugar para el porqué. Es únicamente y exclusivamente por el mero placer. La conciencia oceánica tiene constantemente el placer de ello y quiere que nosotros también experimentemos esta felicidad constante. De la misma manera que el Señor del universo lo experimentó como unidades de conciencia. En nada somos diferentes de Él. Es Él quien se transforma en unidades de conciencia y disfruta del juego. Y ha creado muchas reglas para ese juego, muchos personajes para esa representación, una representación con papeles diversos. A veces a Jesús le toca hacer de bueno y a mi hacer de malo. Pero en realidad yo no soy el malo. Estoy actuando de malo. Otro está haciendo de héroe. Porque la obra no puede ser muy interesante a menos que haya un bueno y un malo, y también un comediante. Es el único YO SOY que creó tantos personajes como pudo imaginarse. Y disfrutó de la representación con todas sus intrigas y complicaciones. Y los que la representan, si se olvidan que están únicamente actuando, se complican de forma desmedida en la representación.

Todos nosotros nos hemos olvidado de ello. Nos hemos olvidado de que estábamos representando unos papeles y por eso preguntamos “¿por qué me ha tocado ser un bufón o un comediante? Si no recuerdo mal. ¡Ah...!”.

Entonces me doy cuenta de que soy un comediante sólo para esta obra. El héroe me gasta bromas a mi diciendo: “en la próxima representación yo seré el héroe y tú el comediante”. Todo es una representación y todo es una gran representación. Actuamos con una máscara sobre la cara. Si nos la quitamos, ya somos todos iguales. Pero si seguimos manteniendo esa máscara, uno aparenta ser un bromista, la otra una heroína hermosa, y habrá dos o tres personas más que corran detrás de esa heroína; el otro será el malo..., y la representación tendrá pues un punto culminante.

Los sabios saben que todos funcionamos con máscaras porque nos da placer. ¡Cuanto placer nos dieron el otro día Helena y Jesús cuando representaron los papeles de Santa Claus! También fue para ellos un gran placer, porque sabían que iban a representar ese papel de bufones sólo durante algún tiempo. Sabían que todo lo que se habían puesto en sus mejillas era sólo para un tiempo. Supongo que se querían quitar toda esa espuma que se pusieron, y entonces el juego se acabó. Pero, si fueran sabios de verdad, sabrían que hay otras cosas temporales. Tenemos muchas cosas que no nos las podemos quitar de encima. Se nos han pegado tan fuerte a nosotros que, si nos las intentamos quitar, nos hacen daño. Y eso por habernos apegado tanto a unos papeles. La representación se nos ha convertido en un misterio. Pero, si somos capaces de quitar esas pegatinas, todo enigma se nos transforma en un juego agradable.

Así empezó todo el juego. Y así es como continua ese juego. Y sólo algunos de nosotros hemos tomado el papel de nuestra realidad y nos hemos convertido en actores difíciles. Imaginaos que yo representara el papel de mujer y que mi marido de repente se muere. ¿Os creéis que lloro de verdad? Pero lloramos. Solemos llorar porque no nos acordamos de que es una representación. Para eso están las representaciones. Para recordarnos

que todo es una gran representación. Y por eso se nos enseñan las películas. Para que nos acordemos que estamos en un estadio temporal. Por eso las escrituras sagradas nos dan el símbolo del carro, el conductor y el viajero. Para que no nos preocupemos al tomar un nuevo carruaje y dejar el viejo. Esto es lo que Krishna explica ya en el primer capítulo del Bhagavad Gita: “Tú y yo estamos eternamente juntos, pero los carros continúan cambiando. Y no creas que en la guerra estás matando a todos los demás. Como mucho estás destruyendo sus carros viejos. Y así es como van a coger carros nuevos. No te atribuyas a ti mismo de que eres capaz de matarlos, porque nadie puede matar al alma. Porque es eterna. Estamos liberándolos de sus carros, que llamamos cuerpo físico, porque no funcionan ya bien”.

Es lo único que estamos haciendo. El viajero permanece siempre y no lo puedes matar. Es lo mismo que describe Blavatsky en la Doctrina Secreta: “Por algunas razones extrañas se me ha abierto un libro muy extraño, del que no existe ninguna copia más. Ese libro no puede ser destruido por el fuego ni por el agua y es impermeable al agua, al fuego y a la materia. Ningún elemento lo puede destruir, existe eternamente y no existen copias de él”. Es el original, es el alma que no puede ahogarse en el agua, ni quemarse por el fuego ni explotada por el aire ni enterrada por la tierra; es espacio en sí mismo y por eso es impermeable. Acerca de ese libro, del que se habla en la Doctrina Secreta, se dice que está en los templos sagrados de los Himalayas, en las cuevas de los Himalayas. Los Himalayas no están en la coronilla, están en el centro del corazón. Cuando decimos en los templos de las cuevas, queremos decir en el centro del corazón. Así es que el libro está en las cuevas de los Himalayas. Y no existe ninguna copia más de él. Eso quiere decir que cada alma es hermosa en sí misma y no es una

copia de otra alma. Es una copia del espíritu. Cada alma tiene su propia identidad y su existencia es eterna.

Muchos amigos que han estudiado la Doctrina Secreta han corrido como locos hacia los Himalayas y han empezado a buscar en los templos de las cuevas solamente para llegar a la conclusión de que lo que Blavatsky había afirmado era falso. Pero Blavatsky les sonrío, porque somos expertos en entender mal. Por eso ella gastó muchas bromas sobre nosotros, colocándonoslo todo de una manera mística. Porque cuando algo es un poco místico, la mente se vuelve curiosa por saber y empieza el proceso la búsqueda. Y cuando buscamos por esos templos de los Himalayas, nos encontramos a personas desnudas y pensamos que son primitivos. Pero ¿sabéis lo que piensan de nosotros? Ellos piensan que somos aborígenes, porque no sabemos nada y ellos lo saben todo. Y cuando les preguntamos acerca de los libros esos, de las cuevas de los Himalayas, sin decirnos una palabra nos señalan con el dedo a nuestro corazón y nos dicen en silencio: “Mira en tu propio corazón y encontrarás ese libro. No seas estúpido y no des más vueltas como un loco por aquí molestando a todos”.

Así es como cada uno de nosotros volverá otra vez al juego. Porque una vez que volvamos a ese juego, en las playas del universo, integrándonos en él y gozando de él, la pregunta del “¿por qué?” desaparece. El porqué desaparece. Y si alguien nos pregunta le explicaremos la misma historia que os acabo de narrar: “hasta que no os integréis en el juego, la pregunta seguirá ahí”. Gracias.

AVISO

Este trabajo es una transcripción literal de la traducción simultánea de esta conferencia/seminario. El trabajo no ha sido revisado por el autor, por lo que puede contener errores y omisiones.

Más información:

edicionesdhanishtha@wttes.org

www.edicionesdhanishtha.com

www.wttes.com